

“La impredecible transfiguración de los objetos”

Leobardo Villegas Mariscal
Universidad autónoma de Zacatecas

OBSERVACIÓN INICIAL

Siete apartados componen esta narración. Los apartados I, III, V y VII describen ciertas experiencias alucinatorias vividas por el personaje central. Esas experiencias inician con una caminata por un monte en la tarde de un día cualquiera y terminan con la descripción de una atroz pesadilla; los apartados II, IV y VI precisan algunos detalles de la personalidad de dicho personaje. Todos conforman una unidad.

I

Naft Tshim recorrió aquella vereda escarpada sin una dirección fija. El ruido de sus pies golpeando los pequeños guijarros le pareció misterioso. Intuyó que hay algo enigmático en el andar de un hombre en un camino solitario, sobre todo si se piensa que esa situación es algo que acontece en el pasado. En un instante cualquiera, interrumpió su caminar; constató, entonces, que estaba perdido en un laberinto de eucaliptos transfigurados por el azul casi muerto del cielo.

Súbitamente, el canto de un grillo le inquietó. Le sobresaltó la idea conforme a la cual ese canto provenía de otro mundo, de una eternidad llena de selvas secretas en las que abundan sonidos asombrosos. Para huir de aquella perplejidad, dirigió la atención hacia la vegetación. A la manera de un fantasma, de un ser inmaterial, se desplazó mentalmente entre las brumas de un perfume geométrico emanado de multitud de flores inconcebibles.

La llegada de la noche le sumergió en la oscuridad primigenia de las mitologías, en un mundo remoto en el tiempo, plagado de eclosiones volcánicas y de informes animales esqueléticos. Los eucaliptos pasaron a ser sombras misteriosas; las flores, espectros diminutos. Percibió una enorme serpiente, negra con rayas amarillas, que daba vueltas sobre sí misma en el interior de un estanque. Contempló un mar insólito, de una frondosidad indescriptible; entre

su fabulosa fauna sobresalía un enorme pájaro detenido en el interior de las corrientes marinas. Cerró los ojos. Un estallido de colores invadió su cabeza, colores que se transformaron en reptiles, ángeles, mujeres con picos de buitres, asnos exhalando fuego, vacas con patas vegetales...

II

Naft Tshim era susceptible a los días nublados, al insomnio, a la idea de que el mundo es una alucinación y al aburrimiento. Siendo niño, pensaba que cada uno de los hombres habitaba una realidad distinta, lo cual le hacía sentir el horror de concebirse perdido en un universo sin comunicación posible. Creía que el mundo era una fantasía suya, que había otras personas, cada una aislada en sus propias ilusiones. Es así que cuando alguien hacía notar, por ejemplo, la presencia de un perro, suponía que ese perro sólo era concebido por él y que el otro estaba designando algo distinto, indescifrable desde su propia perspectiva. Una consecuencia de ello era suponer que los pájaros, los árboles, la luna y todo lo que conforma el universo existía únicamente en su interior. En los mundos de los demás no había pájaros, ni árboles, ni luna: había otras configuraciones de cosas que eran inaccesibles, todas separadas, a la manera de islas en el vasto mar de lo infinito.

Con el tiempo llegó a pensar que un dios, escondido en un círculo de fuego en el cielo, había urdido esa inarmonía... un dios de la ambigüedad, aficionado a los espejismos, idólatra de las ficciones y los engaños. Fue entonces que concibió un libro sagrado que exaltara a esa divinidad equivocada, redactado por un profeta harapiento, en el cual se plasmarían himnos a la confusión. Ese libro tendría sus predicadores, sus teólogos, sus mártires, sus herejes, sus místicos, sus ascetas y sus templos. En alguno de sus apartados se leería:

“Instalaremos un reptil helado en los escondrijos del alma, haremos del corazón un desierto frío, colgaremos las ilusiones de árboles muertos para que se pudran bajo el sol, o para que las devoren los buitres. De nuestros ojos desterraremos los sueños, en manos temblorosas refugiaremos los rostros pálidos e incrédulos. Seremos bienas de la duda y con nuestros aullidos entonaremos sus himnos en medio de la soledad de la noche. Nos ejercitaremos en ser fantasmas... monstruos de anemia e indiferencia ¿Fuimos en algún momento? Nunca estuvimos seguros de nada, ni siquiera de que ello fuera así”.

III

Naft Tshim levantó el rostro y abrió los ojos para escapar del estallido de colores en su cabeza. No creía lo que veía: un insólito animal, en un extremo gallina y en otro gallo, se desplazaba lentamente de un lugar a otro, a una distancia considerable. Sus dimensiones rivalizaban con las de los cerros; tenía

patas anaranjadas, plumas amarillas y verdes y sus dos cabezas eran de color rojo. Fue entonces que un demonio, con voz tímida, le dijo silenciosamente al oído:

“Este animal que miras ahora habita infinitas realidades. En una de ellas vive en un cielo en el que abundan fuentes de agua cristalina, espeso follaje y caminos de piedras preciosas, en otra yace a la sombra de un árbol enorme repleto de serpientes, en otra es una imagen en el fondo de un espejo siniestro... su canto es un sonido devastador capaz de pulverizar montañas”.

Acto seguido el demonio desapareció, pero el animal seguía ahí, apacible, a la manera de un gigantesco espectro multicolor moviéndose de un lugar a otro con lentitud, como si estuviera irremediabilmente condenado a reptar en el mismo espacio por toda la eternidad.

Para huir de aquel monstruo, Naft Tshim intentó buscar un refugio entre los eucaliptos. Apenas dados unos pasos, tropezó con un reptil indescriptible cuya apariencia excedía las formas animales del planeta. Parecía salido del sueño de un ángel demente, o de las visiones alucinatorias de una divinidad sombría extraviada en las selvas de la locura. Con el tamaño de un bisonte, se deslizó como una víbora entre las hierbas. Una vez oculto, lloró a la manera de un niño que repentinamente se siente abandonado. Finalmente, enmudeció y desapareció. Para ese entonces, la noche diluía las apariencias de las cosas en una oscuridad agitada por el aleteo de pájaros nocturnos. En las alturas, las estrellas eran ojos muertos; su brillo había sido estrangulado por las densas brumas que cubrían el cielo.

IV

Naft Tshim lamentaba no haber vivido en un tiempo donde los hombres tenían la posibilidad de adorar a varios dioses; el politeísmo le atraía más que el monoteísmo. La creencia en una sola divinidad le parecía un retroceso; la ventaja de un culto plural -pensaba- consiste en que si uno de los dioses no atiende a nuestros ruegos podemos abandonarlo, cambiar a otro.

La religión de la cual se sentía más alejado era el cristianismo, no obstante, algunos de sus aspectos le fascinaban, especialmente la vida de sus primeros eremitas. Pasaba horas meditando en sus ayunos, sus reclusiones solitarias, su repulsión del sueño y su lucha contra las seducciones del demonio.

Uno de aquellos ascetas colmaba su admiración. Las historias eclesiásticas, las biografías de los santos, las recopilaciones de los dichos de los santos padres aludían a él como “el fuego de Dios”, debido a su disposición de purificar con las llamas de la fe, y del látigo, a los enemigos de su palabra. Vivió en el alto Egipto, en tiempos en que las persecuciones habían terminado, en pleno ocaso del Imperio. En su juventud se dio al ardiente sol y a las frías noches del desierto. Conoció la sed, la soledad, el abandono. Conoció el asco de su propio

cuerpo, al cual solía castigar con el hábito del flagelo y del hambre. Pasado el tiempo, formó una congregación monástica regida por reglas estrictas. El apaleamiento era utilizado para purificar al alma del hedor del egoísmo. Se castigaba todo vestigio de vanagloria, toda inclinación por distinguirse. La risa fue prohibida (es de esencia demoniaca): *el Señor no ríe...*

Todo ello producía en Naft Tshim una gran fascinación. Más le atraía la disposición de este asceta para la destrucción de los templos idolátricos. Un libro de la antigüedad le describía, junto a sus monjes, inmerso en batallas sangrientas, ahorcando a los propagadores de turbias adoraciones. El asesinato no le fue desconocido; su cuchillo rasgó el cuello de innumerables infieles. Cada vez que lo hacía, como por efecto de un milagro, un pájaro de agua y de fuego emitía un canto celestial.

Naft Tshim solía recostarse en el sofá. Mentalmente miraba al pájaro, escuchaba su canto. En un sueño (en los sueños todo es posible) aquel pájaro le comunicó, no en palabras humanas, acaso en las figuras trazadas en su vuelo, que al despertar fuera a un campo y, una vez ahí, pasara por la sombra de un pirul con los ojos cerrados. Al abrirlos aparecería en una provincia de la antigua Roma en la que un anciano miserable, echado bajo un pórtico, le revelaría que ahora él era también uno de aquellos monjes, pero que huyó en el momento en que la duda invadió su corazón.

V

Una vez desaparecido el indescriptible reptil, en la orilla del aleteo de los pájaros nocturnos, Naft Tshim se percató de la necesidad de encontrar un lugar en el cual poder pasar la noche. Sin rumbo fijo caminó entre los eucaliptos. Temblorosamente vislumbró un paraje en la penumbra. Sin apresuramiento, sin lentitud, juntó pequeñas ramas secas e hizo fuego. A continuación se sentó frente a la fogata para observarla, para maravillarse con ella.

Cierto, buscaba la seguridad del fuego como hicieran los hombres en los inicios de la humanidad, cuando intentaban ponerse a salvo de las fieras y de los espíritus de la noche, acaso más peligrosos que las bestias salvajes.

Entonces, sin proponérselo, sin poder evitarlo, se agolparon en su mente imágenes en las que una gente antigua, de rudas facciones y palabras semejantes a gruñidos, arrastraban a un cautivo hacia la lumbre. A continuación, un sacerdote, con un cuchillo de piedra en cuya empuñadura había labrada la cabeza de una víbora, rasgaba el cuello de aquella víctima y recogía su sangre en una vasija para ofrecerla a una deidad representada por un ídolo de piedra deforme, inspiradora de la brujería. Tras ello, los asistentes a ese rito sangriento procedían a ingerir una planta sagrada llamada *ildrum*. Al hacerlo, creían poder adquirir el poder de volar, de adoptar diversas formas animales y de introducirse en los sueños de sus enemigos para producirles locura.

Naft Tshim rehusó aquellos pensamientos. Sensiblemente cansado, optó por recostarse; no tardó en dormir.

VI

Fue en una noche de insomnio: ¿cómo podría olvidarlo? La cama se convirtió en un lugar intolerable. El tiempo se detuvo. En aquella angustiosa vigilia anheló la desaparición del universo. ¡Imposible! Todo era opresivo: su ansiedad, el silencio, el mundo fuera de la ventana. Con decisión, Naft Tshim encendió la luz, se levantó y se dirigió hacia un estante de su biblioteca. Tomó un libro al azar. Intentó leer; no pudo. Decidió salir a las calles vacías. Hacía frío. El cielo estaba poblado por nubes fúnebremente anaranjadas. Bajo sus pasos diminutas basuras eran arrastradas azarosamente por el viento; frente a él un gato trepó ágilmente sobre un tejado. Entretanto, las opacas luces de los faroles parecían estranguladas en el interior de una densa neblina.

Sabía que en cualquier momento llovería, lo cual no tenía ninguna importancia para él. Caminó sin una dirección fija hasta sorprenderse vagando por los corredores de un jardín en ruinas. Encendió un cigarro; era necesario fumar. Continúo caminando por aquel jardín hasta llegar a una banca resguardada por árboles decrepitos, extraviados en un viento frío. A merced de la soledad, y del silencio, pensó en esa idea antigua: el retorno eterno de las cosas. Le inquietó pensar que aquella noche de insomnio, aquel deambular sonámbulo, ya habían acaecido infinitas veces y acaecerían infinitas veces más. Un suceso inesperado le sustrajo de ese pensamiento: la aparición de unos seres enigmáticos, un tropel de perros vagabundos, ricos en pulgas, enflaquecidos, dirigiéndose hacia su banca con caminar sinuoso. Entre los perros se apreciaba un anciano cuya apariencia era la de un pordiosero borracho; su paso era vacilante, como si en alguno de sus viejos zapatos hubiese un objeto que le infundiera una gran molestia. Encorvado, sosteniéndose en una rama que le servía de báculo, evocaba a un loco o a un profeta harapiento cuyo evangelio incumbiera, únicamente, a sus acompañantes nocturnos, los perros sarnosos que respetuosamente le seguían.

¿Hacia dónde se dirigían esos espíritus ateridos por el frío de la noche? Probablemente a todos los sitios y a ninguno. Daban la impresión de dejarse ir, de no interesarse en su marcha, de estar de más en todos los lugares por los que transitaban.

Contrariamente a lo que pudiera esperarse, el anciano se detuvo frente a la banca en la que estaba sentado Naft Tshim. Los perros se recostaron en el suelo y miraron a su dueño con detenimiento, con alabanza. Uno de ellos le dirigió un par de ladridos, como queriendo decirle algo. Tras un breve silencio, el personaje interrogó a las alturas: “¿Qué hace aquí un miserable gusano hundido en la quietud de la noche? ¿Por qué no duerme como todas las estúpidas criaturas de la ciudad?”

¿Acaso su dios le ha turbado el sueño con negras pesadillas? ¿Dios? ¿Dije Dios? Mi boca profiere insensateces. Nosotros ya no creemos en Dios, nosotros no necesitamos de ese irritante testigo". Seguidamente, el mismo perro volvió a ladrar de la misma manera en que lo había hecho anteriormente.

Apoyado sobre su báculo, el anciano daba la sensación de que en cualquier instante se derrumbaría; no obstante, continuó con su soliloquio, poseído por el furor de un predicador: *"Vendrá el tiempo en que las ciudades serán grandes cementerios. Sobre las ruinas quedarán únicamente cráneos y huesos, restos de una humanidad difunta. Ya no habrá ruido; el ajeteo de los seres quedará sepultado en el olvido. Entonces los astros reirán. ¿Quién presenciara esa burla que inundará el espacio entero? Dios. ¡Pobre! Estará abandonado. Le vislumbro: vagará por soledades inimaginables, incapaz de aventurarse en el intento de otra creación. ¡Dios desdichado! ¿Quién lo necesita? ¿Quién lo necesitará? Nadie*". El mismo perro ladró de modo semejante.

Terminada la diatriba del anciano, aquellos seres desaparecieron en la noche que pronto llegaría a su fin. Naft Tshim persistía en su banca, pensativo. La lluvia y el frío, ahora cada vez más intensos, seguían sin importarle.

VII

Una vez dormido, Naft Tshim se sorprendió caminando en un desierto, bajo un sol helado, a punto de extinguirse. A merced de la infinita arena, y de sus espejismos, avanzaba lentamente, sin saber a donde ir. Repentinamente se vio inmerso en perversas transfiguraciones, acosado por diversas anatomías animales. Su boca era la de un pequeño pez anaranjado, su pierna derecha la pata de un gallo senil, sus ojos eran de sapo. Constató, entonces, que bajo aquel horrendo sol, en medio del desierto, un dios de los sótanos de la mente se empeñaba en castigarle.

POST SCRIPTUM

Ildrum, demonio de las sombras, te invoco. Tú eres el numen que ha deslizado la pluma en el papel; tuyas son las palabras, el lenguaje.